

## Los Libros

### OBSERVACIONES A UNA "HISTORIA DE LA LITERATURA CHILENA"

Los autores de las últimas historias literarias publicadas en nuestro país, parece que se hubiesen puesto de acuerdo para desdeñar toda obra que no sea de pura creación o fantasía.

En la tercera edición de la *Historia de la Literatura Chilena*, como en la segunda, publicada el año pasado, los profesores Hugo Montes y Julio Orlandi no han reaccionado contra el pernicioso sistema que mira con indiferencia o prescinde de aquellas producciones literarias, que no sean novelas o poesías, y reinciden casi en las mismas omisiones de la primera edición. "Los contemporáneos —afirma Monseñor Fulton Sheen— viven obsesionados por el sexo y la muerte. De allí la literatura y, en general, el arte de época. Todo se entremezcla: desde el crudo materialismo, que incluso afecta a novelistas católicos, hasta la desesperación hecha sistema bajo forma existencialista".

Es indiscutible que el libro está hecho con talento y en las ediciones segunda y tercera, hay más orden y los autores están mejor agrupados que en la primera, los juicios son certeros, salvo algunos sobre los cuales llamaremos la atención de los lectores. Se ha dado cabida a dos poetas eclesiásticos, que lamentablemente faltaron en la primera: Luis Felipe Contardo y Francisco Donoso González, a

ambos los juzga el señor Montes en forma injustamente despectiva. Existen estudios muy bien hechos, como aquellos que dedican a Baldomero Lillo y Mariano Latorre, a Pedro Prado y Hernán Díaz Arrieta, a Gabriela Mistral y Pablo Neruda, a Ricardo A. Latcham y Roque Esteban Scarpa; pero sin que desconozcamos el inmenso y universal valor de la poesía de Neruda, no estamos en todo de acuerdo con el juicio tan elogioso, y a veces un poco contradictorio, sobre el verso proselitista, de quien el mismo Hugo Montes dice que a "menudo vierte su inspiración por cauces más propios de un panfletista que de un verdadero poeta".

En general la obra es seria y ponderada, y se lee con facilidad; pero en ella tienen parte no despreciable los nobles sentimientos de gratitud y amistad; y a través de las páginas del libro se advierte el influjo de los críticos y catedráticos señores Latcham y Scarpa, ambos maestros muy escuchados de los profesores Montes y Orlandi.

Caeríamos en el ridículo si pretendiéramos pedir a los autores una Historia de la Literatura Chilena de inspiración católica; no, de ninguna manera; estas son cosas pasadas de moda, que en nuestra época ni a los sacerdotes les están permitidas; mas como el libro ha sido escrito para estudiantes del segundo ciclo de humanidades, y hasta los niños lo consultan, aconsejados por sus maestros, tenemos derecho a exigir a los autores que orientan el criterio de los alumnos, acerca de la moralidad de la obra literaria de nuestros hombres de letras. La teoría de Víctor Cousin "el arte por el arte", según opinión de Lamennais, Proudhon y Dumas, es absurda y vacía de sentido. "El arte no está obligado a predicar directamente la moral, no es este su fin; pero el arte, por el solo hecho de no ser inmoral, es moral" dice el padre Raimundo Morales O. F. M. De ninguna manera pediremos a los señores Montes y Orlandi una profesión de fe católica literaria, pero sí debemos exigir que no se desentiendan absolutamente de la significación moral de las producciones literarias: el profesor Orlandi nada nos dice del fatalismo pesimista y pagano de Augusto d'Halmar; ni de la obscenidad enfermiza de Luis Durand; mucho menos de los principios inmorales que sustenta Wal-

do Urzúa en sus novelas tan sensuales, cursis y pasadas de moda, pobres imitaciones de otras mejores de Alberto Blest Gana y Luis Orrego Luco; y en fin, para qué seguir en esta odiosa enumeración, cuando no hay en el libro ni una sola línea de orientación para guiar a los alumnos en ese laberinto de inmoralidad y pornografía de la literatura imaginativa de nuestra época. Un autor católico puede y debe alabar el valor literario de las obras, sobre todo si se trata de auténticos escritores criollos como Luis Durand, pero está obligado a condenar en ellas la inmoralidad, máxime cuando el libro influirá en la formación del criterio moral y artístico de los estudiantes de enseñanza secundaria.

Del libro de los señores Montes y Orlandi parece colegirse que en Chile los únicos hombres de letras son los poetas, novelistas y cuentistas. Ahora los modernos profesores de literatura no consideran creadores a los grandes artistas de la palabra ni a los críticos literarios, ni mucho menos a los historiadores. Hoy se ignora que la genuina creación consiste en infundir vida y fuerza estética a las obras de ingenio, sólo así la frase adquirirá esa sencillez, espontaneidad y movimiento que cautiva al lector.

En la Historia de la Literatura Chilena hay nombres que no pueden suprimirse y ahora nos referiremos únicamente a los más caracterizados: Enrique Mac-Iver, Juan Agustín Barriga, Augusto Orrego Luco, Rafael Egaña, Eleodoro Astorquiza, Abdón Cifuentes, Ramón Subercaseaux y Alfonso Bulnes Calvo. Hay dos escritores que merecen unas cuantas líneas más de las cinco insustanciales e incoloras, hechas como para salir del paso, que les dedican los autores: los señores Samuel A. Lillo y Emilio Rodríguez Mendoza.

Pero vamos por parte: los señores Montes y Orlandi han suprimido de la literatura nacional el género oratorio. Si ambos catedráticos escribieran la Historia Universal de las Letras, tendrían que borrar de ella a Demóstenes, padre de la elocuencia griega, y a Marco Tulio Cicerón, el más alto representante de la oratoria latina.

¿Con qué derecho los jóvenes profesores ni siquiera mencionan los nombres más significativos de la elocuencia parlamentaria chile-

na? ¿Acaso nada representan en las letras nacionales los nombres de Enrique Mac-Iver y de Juan Agustín Barriga? Ambos fueron caballeros adalides de su propia causa en los violentos debates parlamentarios, los dos eran auténticos malabaristas de la palabra: poseían gran cultura, lenguaje límpido y sobrio, e incisivo, rico metal de voz, de variadas inflexiones y sobre todo una fuerza dialéctica incontrovertible. Barriga tiene además otro mérito indiscutible: es el primer escritor que reivindica, entre nosotros, los valores de la literatura española, en su inolvidable discurso de 1887. Como se trata de un texto de estudio, habría bastado con dar cabida a estos dos oradores, aunque podrían figurar también con honra y provecho para los alumnos, los nombres de Abdón Cifuentes, Carlos Walker Martínez e Isidoro Errázuriz, pero no exijamos demasiado...

Entre los oradores académicos deben mencionarse de nuevo a Barriga y en seguida a don Augusto Orrego Luco, que aunque tuvo destacada actuación en el Parlamento, sus mismos discursos políticos, por la elegancia de la forma, son acabadas obras literarias. Los extranjeros que sólo conocen la literatura chilena por la obra de los señores Montes y Orlandi, se quedarán pensando que aquí carecemos de hombres elocuentes.

Entre los historiadores no se pueden omitir, sin cometer grave injusticia, los nombres de Abdón Cifuentes y Ramón Subercaseaux Vicuña, cuyas gráficas y amenas memorias, escritas en castizo lenguaje, especialmente las del primero, proporcionan abundante material para el estudio de la historia en la segunda mitad del siglo pasado y principios del presente.

Alfonso Bulnes Calvo, con su *Errázuriz Zañartu*, se ha ganado un lugar de preeminencia entre los modernos historiadores; otro tanto podríamos decir de Guillermo Feliú Cruz y Ricardo Donoso, omitidos también en esta obra.

Al lado de Silva Vildósola, de Díaz Garcés y de Jenaro Prieto tiene que estar Rafael Egaña, el gracioso periodista Jacobo Edén.

Finalmente ¿por qué los profesores Montes y Orlandi han suprimido de la crítica literaria a Eleodoro Astorquiza, cuya erudición,

serenidad, espíritu analítico y bello estilo son universalmente reconocidos por los escritores chilenos?

Ahora vamos a ocuparnos de Samuel A. Lillo y Emilio Rodríguez Mendoza, a quienes como ya dijimos, los autores dedican sólo unas cuantas líneas: Lillo es el fundador del nuevo Ateneo de Santiago (1899) y él lo sostuvo durante treinta años. En el primer cuarto del presente siglo, esta institución tuvo grande e intensa actividad literaria; Lillo acoge en el Ateneo a todos los escritores de la nueva generación, especialmente a aquellos que venían de provincias; lo funda con Diego Dublé Urrutia, Emilio Rodríguez Mendoza y unos cuantos más, y en el curso de los primeros veinticinco años, se estrenan en su tribuna los más altos exponentes de las letras nacionales, a quienes los autores de la *Historia de la Literatura Chilena* dedican largas páginas: en el Ateneo leen sus primeros ensayos literarios: Emilio Vaisse (Omer Emeth), Baldomero Lillo, Carlos Silva Vildósola, Enrique Molina, Federico Gana, Guillermo Labarca, Rafael Maluenda, Fernando Santiván, Eduardo Barrios, Juanuario Espinoza, Mariano Latorre, Augusto d'Halmar, Armando Donoso, Amanda Labarca e Inés Echeverría de Larraín y tantos más; los poetas de la generación del 900 recitan en la nueva tribuna literaria, sus primeros poemas: Carlos Pezoa Véliz, Diego Dublé Urrutia, Víctor Domingo Silva, Carlos Mondaca, Jorge González Bastías, Manuel Magallanes Moure, Pedro Prado, Max Jara y Julio Barrenechea se consagran en aquella institución, bajo la sombra protectora de Lillo. Todos los escritores extranjeros, de alguna celebridad, que visitaban nuestro país, eran recibidos en el Ateneo.

Lo que se dice del Ateneo puede aplicarse también a otras instituciones similares, tales como los dos "Círculos de Amigos de las Letras" (1859-1864 y 1869) y la "Academia de Bellas Letras" (1873-1877), cuyo fundador fue José Victorino Lastarria y el "Nuevo Ateneo" (1889); aunque ninguna de estas sociedades literarias tuvo la duración e importancia del Ateneo de Lillo. Los señores Montes y Orlandi pudieron, y tal vez debieron, hacer una breve reseña de estas asociaciones, en unas dos o tres páginas.

Don Samuel A. Lillo no es sólo “un escritor”, como dicen los autores, sino el primer bardo que junto con Dublé Urrutia llevó a la poesía, de principios de siglo, las cosas y paisajes del sur de Chile; pero Lillo no es únicamente el poeta consagrado, hace cincuenta años, con sus *Canciones de Arauco* (1908), libro que lleva ya cinco ediciones, sino el hombre inteligente, bueno, generoso y comprensivo que creó y mantuvo, durante treinta años, una sociedad que agrupó y dio importancia a los escritores nacionales. Tan grande fue la labor literaria realizada por don Samuel A. Lillo en el Ateneo, que Pablo Neruda, a quien prodigan grandes alabanzas los señores Montes y Orlandi, pidió para el fundador y alma de esa institución el Premio Nacional de Literatura en 1947.

De consuno todos los historiadores de las letras nacionales mencionan una y otra vez el Ateneo, pero al mismo tiempo callan el nombre de su creador, la actuación de Lillo en la vida literaria chilena de este siglo es sólo comparable a la de don Andrés Bello y de José Victorino Lastarria en la primera mitad de la pasada centuria; omitir su brillante labor es una grave injusticia histórica.

La palabra “escritor” que los señores Montes y Orlandi emplean no pocas veces para aplicarla a algunos literatos, que no son de sus simpatías, no dice nada, es demasiado genérica, hay que especificar cuál es el género literario que cultiva “ese escritor”...

En cuanto a don Emilio Rodríguez Mendoza, ¿quién no sabe que se trata de una personalidad señera de nuestra literatura, pero sólo se le menciona como autor de *Santa Colonia*, novela que ha sido plagiada en Chile por un autor que figura en esta *Historia* que comentamos, mas nada se dice de don Emilio como memorialista en *Como si fuera ayer*, obra maestra de nuestras letras y la mejor del recio escritor.

En la segunda edición de 1956, el único exponente del teatro nacional era Antonio Acevedo Hernández, en ésta, la larga semblanza de nuestro autor desaparece y sólo le dedican tres o cuatro líneas y ahora los señores Montes y Orlandi mencionan los nombres de los principales autores y de sus obras, pero es evidente que las páginas

sobre el teatro son insubstanciales, están hechas a la ligera, no tienen punto de comparación con aquellas espléndidas en las cuales estudian la poesía.

La opinión del señor Orlandi sobre la labor histórica de don Gonzalo Bulnes Pinto, denota que no ha leído *La guerra del Pacífico* de este autor. Es un despropósito colocar en un plano puramente erudito, pero sin proyecciones literarias la producción historiográfica del señor Bulnes, obra que el autor de la *Historia de la Literatura Chilena* pone a la altura de la soporífera de don Domingo Amunátegui Solar. Don Gonzalo pertenece al grupo de los modernos historiadores, es de aquellos que comenzaron a innovar el sistema de los viejos eruditos. Su lenguaje es sobrio, elegante y ameno. Vio con claridad meridiana los sucesos y la actuación de los hombres que se distinguieron en la guerra de 1879, prescindió para ello de ideologías políticas y sociales; ignoraba el señor Bulnes la táctica y la estrategia militar, pero supo descubrir el talento, la pericia guerrera y política de aquellos soldados y estadistas.

Para nuestros autores católicos existe una literatura militar y otra femenina, mas para ellos no hay en Chile literatura eclesiástica. Entre tanto sacerdote de fina pluma ¿no habrá ni siquiera unos siete dignos de figurar en la *Historia de la Literatura Chilena*? Usemos el más rico escalpelo y recordemos algunos nombres inobjetable: Monseñor José Hipólito Salas, orador original, aplaudido en el Concilio Vaticano, a quien Eduardo Solar Correa incluyó en su rigurosa *Antología de Escritores Chilenos*; Monseñor Joaquín Larraín Gandarillas, el más grande humanista chileno, después de Bello, según opinión del mismo Solar Correa; el Pbro. Guillermo Jünemann, conocedor profundo de los clásicos griegos y latinos, era un crítico exigente y ponderado; el Pbro. D. Juan Rafael Salas Errázuriz que dio nueva vida a las tragedias de Esquilo y a las églogas de Virgilio, con sus geniales traducciones y cuyas eximias condiciones de crítico literario elogiaron sin reservas Omer Emeth y Miguel de Unamuno. Ricardo A. Latcham, que no tiene fama de clerical, pero sabe ejercer con maestría la crítica científica, reclamó, desde uno de los diarios

santiaguinos, porque Alone no mencionó al señor Salas Errázuriz en su *Literatura Personal*; don Clovis Montero Cornejo, el más grande orador sagrado de nuestro siglo; Monseñor Oscar Larson, conferenciante ameno y agudo, y periodista vigoroso e incisivo; y Bernardo Cruz Adler, malogrado poeta, crítico literario y ensayista. El señor Montes reconoce, en la página 57, que en el "período anterior a la Independencia, la Iglesia merece ocupar un lugar destacado en la literatura nacional". Muy bien; pero no olvidemos que los únicos valores literarios de la Colonia son eclesiásticos. ¿Qué sería de la literatura de los siglos XVII y XVIII sin los padres jesuitas Ovalle, Rosales, Molina, Olivares y Lacunza?

Con la misma razón que los autores silencian los nombres de Joaquín Larraín Gandarillas, Juan Rafael Salas Errázuriz y Guillermo Jünemann, pudieron callar los de Emilio Vaisse, Pedro Nolasco Cruz y Eduardo Solar Correa. Aquéllos, indiscutiblemente, son tanto o más grandes humanistas que éstos.

Hay que conformarse con la realidad: el clero chileno ha sido relegado de la literatura nacional. Los señores Contardo y Donoso, muy disminuidos por los autores, aparecen en esta obra como los parientes pobres de las letras chilenas. ¡Loado sea Dios! ¡Desafortunada literatura la de un país que se enorgullece sólo de sus autores superficiales y en cuyas obras si existe algún aliento de creación artística, falta esa dignidad y nobleza que otorgan la recia cultura del escritor y sin la cual esas producciones están condenadas al olvido!—  
*Fidel Araneda Bravo.*



"MISIÓN EN CHILE", de *Claude G. Bowers*

He leído en un día, casi sin detenerme, el libro de Claude G. Bowers *Misión en Chile*, que acaba de publicar la Editorial del Pacífico en una buena traducción de Guillermo Blanco. Por costumbre leo siempre con parsimonia —acaso excesiva— y por eso al tér-